

Turismo y ciudades de orillas: el caso de Cancún, México

Cristina Oehmichen Bazán *

Antecedentes

La inserción de México en los actuales procesos transnacionales ha estado marcada por su incorporación a la economía global, como un reservorio de mano de obra y de recursos naturales. Entre estos últimos se encuentran, además del petróleo y recursos bióticos, los sitios de atracción turística internacional, particularmente, del denominado “turismo plus”. Este es operado por todo un conglomerado de empresas dedicadas a capitalizar el tiempo de ocio de miles de consumidores.

Recursos humanos y naturales conforman desde la década de 1990, el binomio que expresa, entre otras cosas, la creciente dependencia del país de la migración internacional y del desarrollo del turismo de masas como principales fuentes de divisas, después del petróleo. Por ello es cada vez más necesario comprender el desarrollo de las regiones a partir de sus interconexiones globales, toda vez que las fronteras nacionales han dejado de ser el marco de referencia más adecuado para comprenderlas (Alba, et al 2001). Los modelos de desarrollo de Estado, también resultan insuficientes, ya que sólo constituyen una parte que participa en la puesta en marcha de los proyectos hegemónicos del

* Profesora Investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: cristiomx@yahoo.com.mx

capital global. Por ello, la dinámica regional puede ser mejor comprendida si observamos que el capital tiende a controlar el tiempo y el espacio global, al desterritorializarse en algunas regiones y al territorializarse en otras, debido a la constante contienda por reconstruir relaciones de poder y reorganizar las bases espaciales de su reproducción (Harvey 1989).

En México, ya no es posible comprender los procesos económicos y socioculturales que se viven en las comunidades rurales y urbanas, sin abordar al mismo tiempo la vinculación que tienen con los procesos transnacionales. Por un lado, el vínculo se da a partir de la enorme importancia que ha tenido la migración, tanto por el número de localidades y población que involucra, como por el envío de las remesas. Basta con mencionar que para el año 2000, el Consejo Nacional de Población reportó que sólo 93 municipios de un total de 2435 registraban nula participación migratoria. A ello se añade el hecho de que el 10% de la población nacional radicaba en Estados Unidos y entre el 15 y 20% de la fuerza de trabajo mexicana estaba laborando en aquel país. La migración se ha intensificado y diversificado, hasta convertir a México en el tercer país que más población pierde anualmente por esta causa, solo debajo de China y de la República Democrática del Congo. Los cálculos muestran que el flujo de migrantes temporales oscila entre 800,000 y un millón de trabajadores por año, mientras que cerca de 400,000 se trasladan cada año a vivir de manera definitiva a Estados Unidos (Tuirán et al 2001, en Ariza y Portes, 2007).

No menos importante es la transformación inducida por el auge de la industria turística, cuyos polos de desarrollo se convierten a su vez en polos de

atracción de nuevas corrientes migratorias, tanto internas como internacionales. La apertura de nuevos centros de atracción turística globalizada, como son los casos de Cancún a partir de la década de 1970 y del corredor turístico de la Riviera Maya de 1990 en adelante, han hecho del estado de Quintana Roo uno de los principales polos de atracción migratoria.

Estos polos de atracción deben ser vistos no solamente como el resultado de los modelos de desarrollo adoptados por el Estado, sino también como producto de los procesos de territorialización del capital global, donde los centros de atracción turística se convierten en brazos o terminales destinadas al ocio y el descanso de los países desarrollados (Burns, 1999).

El Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012, contempla al turismo como uno de los principales sectores de desarrollo al que se ha de apoyar, tanto por los empleos que genera como por las inversiones que atrae. Bajo esta perspectiva, el citado Plan plantea entre sus objetivos “Hacer de México un país líder en la actividad turística a través de la diversificación de sus mercados, productos y destinos”. Entre sus metas se propone aumentar en un 35% el número de turistas internacionales para el 2012.

Algunos estudiosos han mostrado que, lejos de promover el desarrollo regional, las inversiones que hacen los estados nacionales para atraer la inversión turística, provoca serios desequilibrios al obligarse a proporcionar infraestructura y servicios, tales como aeropuertos, carreteras, agua potable, drenaje, alumbrado, seguridad, etc., a costa del erario público (Duterme, 2007) y del endeudamiento externo. Otros estudios han mostrado que lejos de las

visiones optimistas, se encuentra el impacto negativo que la industria turística globalizada acarrea, tanto entre las poblaciones anfitrionas como en la diversidad biótica de los lugares a los que arriba.

A lo anterior habrá que añadir que las apreciaciones optimistas dejan de lado la conflictividad social que entraña el desarrollo de este tipo de proyectos, que en ocasiones adoptan ciertas características “de enclave”, entendiéndose por ello a un territorio que tiene pocos vínculos con la región que le rodea. El enclave tiende a desarrollar vínculos económicos, políticos, comerciales fuera de la región geográfica donde se ubican, toda vez que sus vínculos fuertes se encuentran en otras regiones, o en otros países. Este es el caso, por ejemplo, de Cozumel, isla que está interconectada a nivel internacional (con vínculos fuertes e intensos) al tiempo que los lazos con el resto del territorio mexicano son prácticamente inexistentes (Sánchez-Crispín y Propin, 2003: 170).

La polaridad urbana en Cancún

Concebido como un centro turístico integralmente planeado por la agencia promotora del turismo mexicano, el Fonatur, Cancún se edificó prácticamente de la nada. Se concibió como un sitio de recreación turística para personas de muy alto nivel de ingresos, aprovechando la belleza del paisaje, sus playas vírgenes, sus áreas selváticas y la baja densidad de población. Cancún resultó ser una experiencia exitosa, pues en menos de tres décadas logró convertirse en el destino más importante del turismo internacional en México y en el centro principal de captación de divisas del sector.

Desde su origen, Cancún se concibió como un lugar integrado por una zona hotelera y una zona urbana que albergaría a los mandos medios de los hoteles, de la burocracia y los servicios, constituyendo así una zona habitacional y comercial (Hiernaux, 1999).

Originalmente planeado para contar con 6000 habitaciones, la zona hotelera rebasó con creces los planes originales. En la actualidad, cuenta con 24,564 habitaciones. Aunado a este crecimiento, se intensificaron las comunicaciones. El aeropuerto de Cancún es el segundo en importancia en el país, después del de la Ciudad de México.

La oferta de empleo hizo de Cancún un lugar de atracción para migrantes de Quintana Roo, Yucatán, Tabasco, Distrito Federal y de otras entidades federativas. Para el año 2000, el 57.1% de la población había nacido en otro estado.

La demanda de mano de obra calificada, generó los primeros flujos migratorios procedentes del Distrito Federal. La industria de la construcción, atrajo a miles de campesinos e indígenas de los estados de Quintana Roo y Yucatán, quienes originalmente eran alojados en campamentos cercanos a las obras. Posteriormente, se instalaron en Puerto Juárez, poblado destinado a albergar a los trabajadores de la construcción, quienes a su vez fueron trayendo a familiares y amigos (Castellanos y Paris, 2001). En los años setenta se construyeron algunas unidades habitacionales de interés social para albergar a estos trabajadores y sus familias, pero pronto resultaron insuficientes. Con ello,

los nuevos inmigrantes se fueron haciendo en las llamadas “regiones” ubicadas en la periferia de la ciudad.

El impulso que se dio a la industria turística muestra aspectos demográficos interesantes. La población económicamente activa (PEA) en Quintana Roo es del 57.5%, mientras que el promedio nacional es del 49.3%. En el estado, más del 71% de la población está ocupada en el sector terciario, mientras que el promedio nacional es de 53.4%. Por último, cabe destacar que mientras el promedio nacional es de 152 habitantes por empresa, en el caso de Quintana Roo se observa una relación de 32 habitantes por empresa. El municipio de Benito Juárez, tiene una relación de 26 habitantes por empresa, lo que indica que este es el estado con la tasa de formación de empresas más alta de toda la República (Boggio, 2008 : 252-273).

El optimismo que se desprende estas cifras, muestra por qué Cancún sigue siendo un polo de atracción para miles de migrantes, pues a pesar de sus precarias condiciones de vida, en este lugar tienen mayores posibilidades de conseguir un empleo que en sus lugares de origen.

No obstante, todo lo anterior debe ser matizado a la luz de lo que ocurre en las comunidades indígenas y campesinas de Quintana Roo, Yucatán y Tabasco. La migración masiva hacia Cancún despuntó en los años ochenta, lo cual coincidió con la caída drástica de la producción maderera y chiclera en Quintana Roo, y la crisis de la producción del henequén (Labrecque, 2003). La descampesinización y las condiciones de pobreza que se registran en el estado, sobre todo en la “zona maya” incrementó los flujos migratorios, haciendo de

Cancún uno de los principales polos de atracción regional para miles de jóvenes migrantes (Castellanos y Paris, *ibid*). De ahí que las cifras muestren una reducida participación en el sector primario, que más que hablar de desarrollos indica la pérdida de las vías campesinas de subsistencia por falta de apoyo a la actividad agrícola.

Con la llegada de nuevos inmigrantes, los asentamientos urbanos pauperizados tuvieron un crecimiento desmesurado y desordenado. La urbanización se dio por la vía de la autoconstrucción en predios baldíos que carecían de servicios. Aun hoy en día, la periferia sigue creciendo con la llegada de 3000 nuevos inmigrantes cada mes. La carencia de servicios básicos, así como de escuelas, centros de salud y recreativos, áreas de esparcimiento, obedece entre otras cosas, a que el crecimiento demográfico no ha tenido una respuesta en la inversión pública para el desarrollo social. A su vez, esta urbanización acelerada se ha conjugado con la incapacidad de la industria para absorber el excedente de mano de obra, lo que ha redundado en la emergencia de la drogadicción, el alcoholismo, la prostitución, el narcomenudeo, el pandillerismo, la desintegración familiar, y un elevado número de suicidios, sobre todo de jóvenes de las colonias populares.

En este sentido, la experiencia urbana de Cancún se constituye tal vez en el ejemplo más conspicuo de otras experiencias internacionales que muestran que la industria turística globalizada promueve un desarrollo altamente polarizante.

Como parte de la economía de servicios, la industria turística globalizada viene a profundizar las divisiones sociales y técnicas del trabajo, así como de los ingresos (Sayer y Walter 1994:88). Cancún, al igual que otras ciudades turísticas se convierte, así, en un ejemplo extremo de una ciudad de “de orillas” (edge cities) caracterizadas por la polarización entre un centro impoluto, elegante y globalizado de la gran zona hotelera, rodeado por las orillas lumpenizadas donde se amontonan los trabajadores y todos los que buscan tener un empleo, o que se dan servicios al pequeño consumo o se emplean en servicios personales (empleadas domésticas) para sobrevivir (Davis, 2006). El ejemplo más ilustrativo de esta forma de acumulación de capital, para el caso mexicano lo encontramos en Cancún.

La polarización económica y social, se expresa en el espacio urbano de Cancún de manera muy marcada. Cancún cuenta con una zona hotelera y, como señalé, una parte urbana, que popularmente ha sido rebautizada como “zona atolera”.

La zona hotelera alberga, además de los hoteles, un centro de convenciones, tiendas departamentales, boutiques, restaurantes y discotecas, así como algunos conjuntos residenciales para personas de muy altos ingresos. Basta señalar que en uno de los conjuntos, que colindan con la laguna Nichupté, una casa habitación se vendía en agosto de 2008 en 4,550,000 dólares, lo que para ese tiempo equivalía a casi 48 millones de pesos. Otra más, en Pot a Pok, se ofertaba en esa misma fecha (vía Internet) en 6,500,000 dólares americanos,

o sea, casi 70 millones de pesos mexicanos en esa época. Cabe señalar, sin embargo, que no todas las residencias se elevan a esas cifras estratosféricas.

Las personas que habitan en estos conjuntos residenciales se definen como cancenenses. Se trata de familias que tienen 5, 10 o 15 años de residir en Cancún. Esta elite está conformada por ejecutivos y profesionistas altamente calificados, empresarios, y funcionarios públicos con alto nivel de ingresos. Entre sectores de la elite local se edita una revista: “Cancunísimo”. En ella se dan a conocer a todo color los acontecimientos de la vida de la “alta sociedad” local, así como sus fiestas, reuniones, bodas y todo aquello que se publicita en las revistas de “sociales”.

Cancún y su “falta de identidad”

El esfuerzo de las elites cancenenses por distinguirse y por mostrar la exclusividad de sus lugares de ocio y de reunión, corre a contracorriente de los esfuerzos (si es que los hay) de conformar una “comunidad imaginada” que tienda a generar procesos de identidad colectiva (Anderson, 1992). Efectivamente, tal y como mencionan Castellanos y Paris (ibid, 140), “ciertos sectores de las elites políticas han difundido la idea de que la inexistencia de una identidad cancenense es la causa de los problemas sociales y urbanos”. Y efectivamente, las elites económicas y políticas no han logrado construir los símbolos que permitan articular procesos de identificación colectiva y regional. Pero ¿cómo podrían hacerlo? El discurso de las elites es el de la exclusividad, o

sea, el ser excluyentes. Los símbolos con los cuales se manejan e identifican como clase social, excluyen a todos los demás.

Aún así, el estado tampoco ha podido contar con los elementos simbólicos o promover las narrativas que tiendan a generar una noción de identidad regional. Cancún es conocido en México y en el mundo por sus hermosas playas y lujosas edificaciones. Esos son los símbolos que lo identifican como ciudad, símbolos a los que la población local no puede tener acceso debido a que la zona turística es de por sí exclusiva, es decir, excluyente.

El clasismo y el racismo son símbolos de distinción y jerarquización que se oponen a la creación de dicha comunidad imaginada, con lo que difícilmente podrá fundamentar una identidad colectiva urbana y regional. No obstante, las elites manifiestan que no hay identidad y a ello le atribuyen los males sociales. Aunado a lo anterior, podría señalar que la zona hotelera se convierte en un no-lugar en el sentido que lo plantea Marc Augé (1992). Se trata de un no-lugar en virtud de que las relaciones que se dan, son entre turistas que tienen una estancia de muy corta duración para generar vínculos sociales. Los trabajadores son el sector más estable en la zona hotelera, y son los que podrían dotar a ese no-lugar de una identidad propia. Sin embargo, los bajos niveles de organización política autónoma no permiten generar propuestas colectivas para transformar sus espacios de trabajo (altamente jerarquizados y taylorizados).

En el otro polo está la “zona atolera” , donde residen los trabajadores que laboran en las residencias y hoteles. Llama la atención que hasta hoy, 30 años

después de haberse creado esta ciudad que nació prácticamente de la nada, las colonias populares siguen teniendo como nombre, el de “regiones”. Estas se distinguen unas de otras por el número de región que les corresponde: está por ejemplo, la región 95, la 101, la 102, o también, la región “siento miedo”, debido al desbordante pandillerismo y drogadicción que ha crecido en los últimos años.

Ello nos permite una primera reflexión: aquellos que poseen el capital económico y cultural (capital simbólico, o sea, poder) no solo tienen la capacidad de utilizar el espacio, definirlo, adecuarlo a sus intereses. También tienen capacidad para autodefinirse y a su vez, definir a “los otros”. En la configuración de la ciudad, el hecho de que la persona posea un nombre, le otorga una identidad. Lo mismo sucede para los lugares. Así, el que cuenta con un nombre para el lugar en que habita, habla de un estatus, también de una identidad. Los conjuntos residenciales, a diferencia de las “regiones”, sí tienen nombre propio: tenemos a la Isla Dorada, Bay View Grand, Bay View Grand 2, Bay View Grand 6000, Karina y Palma, entre otros conjuntos residenciales exclusivos – y excluyentes - de la zona hotelera.

Por su parte, los gobiernos estatal y municipal no se han destacado por construir un proyecto cultural regional. Si bien Cancún es un mosaico multicultural, es la hora en que no se ha puesto en marcha alguna iniciativa que permita desarrollar un modelo de convivencia respetuoso entre personas y grupos de diferentes orígenes étnicos y nacionales. Al clasismo se viene a sumar la discriminación étnica y racial, aspectos que se reflejan tanto en el ámbito de la hotelería y los servicios, como en la convivencia cotidiana.

En Cancún, las clases sociales se tocan, pero no se mezclan. El contacto interclasista se da por motivos laborales. Se trata de una relación entre patrón – trabajador que no entraña un vínculo simbólico o afectivo, sino una relación instrumental jerarquizada.

Esta polaridad no se contrarresta con la creación de espacios comunes que no estén jerarquizados y clasificados según las pertenencias de clase, a las que se añade el fenotipo y la pertenencia sociocultural. Cancún es un crisol multicultural, pero el regionalismo, el clasismo y el racismo, siguen marcando la pauta en que se estructuran las relaciones sociales. En esta ciudad, los indígenas son nominados con términos despectivos, tales como “chiapitas”, “mayitas” y otros más. Entre las personas procedentes de Chiapas y de Yucatán, hay muchos que buscan distinguirse y diferenciarse de los indígenas, buscando mostrar su distancia (y superioridad) con respecto a los indígenas que proceden de sus mismas entidades federativas. Reproducen así las representaciones y prácticas colectivas que han caracterizado al México independiente y neocolonialista. Basta señalar que después de la Ciudad de México, Cancún cuenta con la mayor diversidad lingüística y cultural del país, al albergar a hablantes de más de 40 lenguas indígenas, además de un sector importante de inmigrantes europeos, latinoamericanos y estadounidenses.

Decía Bourdieu (2004) que el espacio urbano es un reflejo, aunque distorsionado, del espacio social. Sin embargo, en el caso de Cancún, este reflejo es más bien literal, un espejo poco distorsionado, donde la división del espacio urbano es fiel reflejo de la división clasista y étnica de la sociedad. Ello

nos remite a un Cancún fragmentado, donde las líneas de fractura son de clase, pero también étnicas y culturales.

Reflexión final

Como reflexión final, agrego que Cancún y el corredor de la Riviera Maya, nos muestra un uso del espacio que refleja una estructura social semejante a un modelo de Apartheid. En el corredor Cancún – Riviera Maya, que va desde Puerto Morelos hasta Tulum, grandes extensiones del territorio costero han sido concesionados a los grandes hoteles. A lo largo de 84 kilómetros de costa, nadie que no sea turista o trabajador de algún hotel puede pasar a ver el mar. Toda la franja (con excepción de la entrada a la playa pública de Playa del Carmen) esta cercado. A lo largo de todos esos kilómetros, sin embargo, están las entradas a los hoteles y a los conjuntos turísticos como el de Playacar, adornados con grandes portales de cemento y acero. Si alguien quiere ver el color del mar turquesa, deberá caminar alrededor de 5 kilómetros desde el portal del hotel, si es que logra librar el primer cerco: los guardias que custodian el portal. Más adelante, deberá atravesar por la recepción del hotel, donde habrá otros guardias que le impedirán el acceso. Los guardias no trabajan para los hoteles, sino para empresas fantasmas, en una modalidad conocida como “outsourcing” que deslinda al hotel de toda responsabilidad laboral (o abuso de poder que pudieran cometer estos trabajadores).

La industria turística en la región, es como una pirámide que se genera desde arriba procesos de exclusión al mantener, reproducir y valorizar la

“exclusividad”. En la cúspide de la pirámide se generan procesos de exclusión que tienden a reproducirse a todos los niveles y escalas de la sociedad. Los sectores de la elite que residen en Cancún, deben cambiar su estatus de residentes para convertirse en turistas - huéspedes de los hoteles para poder gozar de las playas. La exclusión es un sistema que termina por afectar a todos.

Tal vez, la única opción para que la población local pueda hacer uso de las playas públicas (porque siguen siendo públicas de acuerdo con la Constitución) será llegar por helicóptero.

Bibliografía

Alba, Carlos, Ilán Bizberg, Héléne Rivière d’Arc (comp.). *Las regiones ante la globalización*. CEMCA, ORSTROM, El Colegio de México. México, 2001.

Ariza, Marina y Alejandro Portes (coord.). *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, IIS-UNAM, México, 2007.

Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, México, 1992.

Boggie Vázquez, Juan. “Emprendimientos empresariales en el Caribe mexicano: innovación y relacione entre turismo e infraestructura aeroportuaria a inicios del siglo XXI” en, Guillermo Guajardo Soto (co9ord.), *Innovación y empresa. Estudios históricos de México, España y América Latina*, CIICH – UNAM, Fundación Gas Natural, México, 2008, pp. 251-286

Bourdieu, Pierre. *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica. México, 2004.

Burns, Peter M. *An Introduction to Tourism and Anthropology*, Routledge, London, 1999.

Castellanos, Alicia y María Dolores París Pombo. “Inmigración, identidad y exclusión socioétnica y regional en la ciudad de Cancún” en, Arturo León López,

Beatriz Caníbal Cristiani, Rodrigo Pimienta Lastra (coord.), *Migración, poder y procesos rurales*, ed. UAM – Plaza y Valdés, México, 2001.

Castellanos Guerrero, Alicia (coord.). *Imágenes del racismo en México*, Plaza y Valdés, México, 2004.

Castellanos, Mari Luz y Andrés Pedreño. *Los nuevos braceros del ocio. Sonrisas, cuerpos flexibles e identidad de empresa en el sector turístico*. Miño y Dávila, editorial, Murcia, España, 2008

Duterme, Bernard “Introducción. Turismo hoy: ganadores y perdedores”, en *Turismo Hoy: Ganadores y perdedores. Alternativas meridionales*. Editorial Popular, Madrid, 2007, pp. 7- 26

Harvey, David. *The Condition of Postmodernity: an Inquiry into the Origins of Cultural Change*, Cambridge, Blackwell, 1989.

Hiernaux, Nicolas Daniel. “Cancún Bliss”, en Deniss Judo and Susan Fainstein (ed), *The Tourist City*, Yale University Press, New Haven, CT, 1999, pp. 124 – 139.

Jiménez Martínez Alfonso de Jesús y Priscila Sosa. “Cocktail Cancún: reflexiones sobre los impactos sociales del turismo en la comunidad local”, en Maribel Osorio García y Marcelino Castillo Nocher (coord.) *En torno al turismo, “perspectivas, vol. 3”*, Universidad Autónoma del Estado de México, 2008.

Labrecque, Marie France. *Etre maya et travailler dans une maquiladora. État, identité, genre et génération au Yucatán, Mexique*. Les Presses de l’Université Laval, Québec, Canada, 2005.

Sánchez Crispín, Alvaro y Enrique Propin Frejomil. « Dependencias regionales del turismo en la Isla de Cozumel, México”, en *Cuadernos de Turismo*, enero-junio número 011, Universidad de Murcia, 2003, pp. 169-180.

Ficha bibliográfica:

OEHMICHEN BAZÁN, C. “Turismo y ciudades de orillas: el caso de Cancún, México”. *Topofilia. Revista de Arquitectura, Urbanismo y Ciencias Sociales*. Hermosillo: Centro de Estudios de América del Norte, El Colegio de Sonora, 1 de abril de 2009, vol. I, núm. 3.

<<http://topofilia.net/coloquio09oehmichen.html>>.